

Lucía del Pozo



Lilith GM

Pasante de la Licenciatura en Arte y Patrimonio Cultural.

En el pueblo todavía se habla de Lucía como si su historia hubiera quedado atrás. No porque se haya resuelto, sino porque se volvió repetitiva, perdiendo su filo con detalles estables para así tranquilizarse.

Así que este no es un cuento difícil de leer.

Eso es importante decirlo desde el inicio.

La historia de Lucía suele contarse de forma simple: una adolescente, un pueblo pequeño, un pozo antiguo y una madre muerta. Nada que no se haya leído antes. De hecho, probablemente ya reconoces los elementos. En torno a eso hubo versiones contradictorias, pero todas coincidían en lo esencial: cuando murió, nadie oyó gritos. El cuerpo apareció horas después y el pozo fue sellado. Ese es el inicio habitual del relato.

Se decía que, Lucía, poco después comenzó a caminar más despacio, como si contara los pasos y a veces se detenía sin motivo aparente. Otros decían que simplemente se quedaba quieta mientras apretaba los ojos, como si escuchara algo demasiado lejano para los demás. Lucía no decía que escuchara voces. Decía que recordaba sonidos. Eso era más aceptable. Nadie discute los recuerdos ajenos; recuerdos y sensaciones que al principio aparecían solo de noche.

Lo cierto es que la casa tenía una acústica particular. El sonido viajaba mal. Las duelas crujían principalmente cuando no había nadie más. Aun cuando bajaba las escaleras, se detenía.

Olvidaba por qué. Mientras cerraba los ojos y contenía la respiración, en su mente contaba los crujidos que súbitamente se detenían al contar hasta diecisiete... sonidos que se evaporaban sin aviso.

Respecto al pozo, no reflejaba nada. No el cielo. No la linterna. No el rostro inclinado sobre el brocal. Era un detalle que suele mencionarse en los relatos porque les resultaba inquietante que nadie supiera quién fue el primero en notarlo.

No de forma constante, Lucía rodeaba el pozo cuando no podía dormir, algo común a esa edad, solo que a veces regresaba a su habitación con las manos sucias y la ropa mojada. Dudaba, con la sensación de haber olvidado algo importante: un fragmento roto en su memoria en el que a veces retrocedía; otras veces pensaba que lo hacía, para luego descubrir que seguía en el mismo lugar.

La voz —si es que puede llamarse así—, es decir, el sonido que recordaba, no venía de abajo. No surgía del agua, sino de un punto indeterminado, como cuando una frase aparece en la cabeza antes de saber quién la dijo.

—No mires.

La noche en que desapareció no fue distinta. No hubo gritos ni violencia visible. Sin testigos. Al amanecer, solo una cinta de cabello flotando en el agua. Desde entonces, simplemente nadie se acerca al lugar a más de diecisiete pasos, como si el cuerpo recordara algo que la mente no considera relevante.

Sin embargo, quienes han leído sobre No mires.
Lucía con atención notan algo más. No
en el relato, sino después: un desajuste No hacia el pozo. No mires. No releas la
en su mente, una extraña sensación de página.
haber pasado demasiado tiempo en un
punto específico del texto, como si algo No mires.
necesitara ser leído dos veces... y al
mismo tiempo les hubiera sugerido no Lucía tampoco supo identificar el
hacerlo. momento exacto en que dejó de escuchar
recuerdos.

No es una voz. No es una orden.
No es una idea fugaz, ya que aparece sin Fue lo último que pensó antes de que
que lo notes, sin aviso: nadie volviera a mirarla.